

Título del trabajo: Vejez homosexual: las heridas del lenguaje.

Autor: Walter Giribuela

Institución: Universidad Nacional de Luján, Departamento de Ciencias Sociales.

Eje temático: 6. Comunicación: discursos, poder y géneros

E-mail: [waltergiri@sinectis.com.ar](mailto:waltergiri@sinectis.com.ar)

Palabras clave: Vejez – Homosexualidad – Discurso

---

### Vejez homosexual: las heridas del lenguaje.

*Aquel que pronuncia un enunciado del lenguaje de odio es responsable de la manera en la que el habla se repite, de reforzar tal forma de habla, de restablecer contextos de odio y de ofensa.*

*Judith Butler*

#### Introducción

En este trabajo abordamos algunos aspectos de la relación existente entre discurso, homosexualidad masculina y vejez, a partir de testimonios obtenidos en entrevistas realizadas a varones homosexuales en situación de vejez. Tomamos como anclaje teórico para ello principalmente dos propuestas: la de Judith Butler, quien sostiene en *Lenguaje, poder e identidad* (1997), que es posible ser herido por el lenguaje, y la de Didier Eribon, quien postula en *Reflexiones sobre la cuestión gay* (2001) la capacidad performativa que la injuria tiene en las personas que no comulgan la heteronormatividad pretendidamente hegemónica.

Para cumplir nuestro objetivo analizamos desde la perspectiva kuhniana de ejemplar paradigmático<sup>1</sup> los relatos de dos varones homosexuales mayores de 65 años, los que fueron entrevistados utilizando como paradigma la *perspectiva del curso de la vida*. Por las características propias de la metodología propuesta se contemplaron tanto la rememoración de la experiencia (y, en tanto tal, la mirada de corte subjetivo), como la perspectiva sociohistórica que atiende al espíritu de época en que se desarrollaron los sucesos narrados. Así, biografía e historia, permiten una mirada de totalidad respecto del pasado, interpelado a

---

<sup>1</sup> Es decir, como pequeñas porciones, perfectamente caracterizables, que posean una “variedad relativamente heurística” (Kuhn, T. 1992), que permita que se establezcan analogías y diferencias, y que ayuden a “determinar lo que será aceptado como explicación y como solución de problemas”.

la luz del presente y tomando como eje vertebrador el recuerdo y la memoria<sup>2</sup> de los sujetos entrevistados.

Este trabajo es producto de los avances de la investigación *Viejos manfloros en la era gay. El curso de la vida en varones homosexuales en situación de vejez*, que en el marco de la formación doctoral de la Universidad Nacional de Luján se viene realizando.

### *Los discursos*

Partimos de la idea de que somos seres lingüísticos o, como plantea Butler (1997:16) “seres que necesitan del lenguaje para existir”. Entonces, si el lenguaje es *constitutivo del ser* y no sólo una de sus múltiples características, el lugar que se le debe asignar para comprender los fenómenos y procesos humanos es central. Es esta misma autora quien, al retomar el desarrollo austiniiano sobre la capacidad performativa del lenguaje, plantea que una de las cosas que se pueden hacer es herir. A esto, la autora incorpora la imprevisibilidad que suele traer consigo el insulto: por lo general no se espera ser insultado; el insulto irrumpe dejando a quien lo recibe sin mucho margen de respuesta, fuera de control.

En los casos que estamos sometiendo a análisis, lo dicho anteriormente presenta una particularidad: al tratarse de una población que históricamente fue injuriada, la eventualidad del insulto deja de ser una *variable posible* para convertirse en una *eventualidad constante*. Para poder explicar a qué estamos haciendo referencia es necesario atender al menos a dos aspectos: la noción de sujeto estigmatizable (Goffman: 1989,16) y los trayectos biográficos de estos sujetos, que han crecido en un contexto socio histórico marcadamente homofóbico. Este autor define un estigma como “un atributo profundamente desacreditador (...) una clase especial de relación entre atributo y estereotipo”. Así, se estigmatiza a un sujeto (y, generalmente a un grupo de sujetos) cuando se le atribuye una cualidad negativa que, además, se constituye en una marca identitaria totalizante pero, sobre todo, identificable a simple vista. Los sujetos estigmatizables, en cambio, son aquellos que llevan consigo una marca no visible a simple vista, pero potencialmente descubrible por otros. El temor a ello (a ser “descubiertos”) suele provocar importantes impactos en la cotidianidad, involucrando gran

---

<sup>2</sup> Entendemos la memoria, de acuerdo con los postulados de Ricoeur (2004), como “presente del pasado”, es decir que los recuerdos no son contemplados como “los hechos reales” sino como la interpretación de un pasado que se ha protagonizado a la luz de un presente desde el que se lo resignifica.

parte de energía vital en evitar “que se note” esa característica que transformaría la eventualidad en hecho: de ser un sujeto estigmatizable a ser portador de un estigma.

Si bien en la actualidad algunos progresos iniciales se han evidenciado a la luz de avances legislativos, producto de extensas luchas de colectivos que bregaron desde los sesenta por la conquista de derechos de las personas que no adherían a la pretendida heteronormatividad hegemónica, la población a la que nos estamos refiriendo fue parte de una colectividad sufriente (Meccia: 2011, 104), basada especialmente en el secreto que podía incluso sustentarse en una *doble vida*: la pública, donde se accedía a cumplir con el mandato heterosexual impuesto, y la privada e íntima, donde clandestinamente se asumía la orientación sexual diversa. En otros casos donde la vida pública y la privada coincidían, el resultado esperable era la desacreditación social, la ruptura con el núcleo familiar, la segregación. Muchas veces, ante esto, la respuesta se daba por medio de un proceso de sobre adaptación del sujeto al medio o de auto humillación. En cualquiera de los casos, el lenguaje injurioso habría ya tallado profundo: los chistes homofóbicos, las denominaciones hirientes, los insultos explícitos o vedados pasaron a ser moneda corriente. Se produce aquí lo que Eribon (2001:29) identifica como “el choque de la injuria: agresiones verbales que dejan huella en la conciencia”, es decir que modelan personalidades.

Desde este posicionamiento es que sostenemos que el lenguaje puede herir gracias a que los seres humanos somos seres lingüísticos y, en tanto tales, precisamos del lenguaje (no sólo del oral) para existir. Esta perspectiva, apoyada en el desarrollo de Austin (1998), sostiene que *es posible hacer cosas con palabras*, y es la que nos permite analizar cómo el lenguaje (los discursos) atravesaron y moldearon, ayer y hoy, los regímenes de mirada y las vidas de las personas.

### *Las sexualidades en las vejezes*<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Seguimos el planteo de Gastrón et al (2003) respecto del uso del plural para dar cuenta del envejecimiento diferencial, donde factores como ambiente, etnia, género, trayectoria laboral, etc. condicionan la vejez de las diferentes personas que la transitan. En ese sentido, creemos importante señalar que la existencia de vejezes de ningún modo debe llevarnos a postular la existencia de *tantos modos de envejecer como personas haya*, ya que no se trata de una postura relativista y subjetivista que niegue la existencia de estructuras mayores (como señalamos, género, cultura y clase, entre otras). Por el contrario, es atendiendo a las anteriores que se reconoce la vinculación entre aspectos estructurales, independientes de las voluntades de los sujetos y que modelan y condicionan la vida, con otros subjetivos que no son sino un conjunto de esquemas de percepción que, como parte de los intrínsecos del ser, intervienen en el modo de ver y actuar de las personas.

Si la sexualidad en la vejez fue un tema poco abordado a lo largo de mucho tiempo ya que se suponía que las personas en situación de vejez no deseaban/podían tener prácticas sexuales, la diversidad sexual en esa etapa de la vida fue directamente ignorada. Si bien estas miradas prejuiciosas comenzaron a modificarse a partir de numerosos estudios, aún perduran en amplios espacios de la sociedad y se potencian si se piensa en sexualidades no heteronormativas. Además, como las personas viejas fueron socializadas en un ambiente donde la presencia de homofobia y discriminación era el escenario habitual y no el excepcional, estas representaciones fueron fundantes de sus subjetividades. Hoy la homosexualidad presenta una visibilidad y una *aceptación*<sup>4</sup> social que, décadas atrás, era deseable pero inimaginable. Si bien esto exhibe diferenciales geográficas y de posiciones sociales, está claro que la adscripción a la orientación homosexual en gran parte del Siglo XX implicó segregación, exclusión y violencia. El paso del tiempo transformó a esos jóvenes de entonces, que manejaban los códigos necesarios para sobrevivir a un mundo que los discriminaba y excluía, en gays viejos, que deben sumar a las modificaciones evolutivas-subjetivas, el hecho de la nueva relación entre gays y el resto de la sociedad. Si bien esta relación hoy aparece, a primera vista, como más inclusiva y facilitadora, hacemos nuestra la reflexión de Meccia (2011:24) cuando señala que “los efectos devastadores de las lógicas de opresión social (...) pueden perdurar en la psiquis de las personas aún cuando la opresión se haya atemperado o –más improbable- cuando haya desaparecido”.

### *Rodolfo y Esteban*<sup>5</sup>

Esteban (E) nació en Capital Federal en 1948, tiene 65 años. Vive en un departamento de su propiedad en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Está recientemente jubilado y, durante su vida económicamente activa, trabajó en el área de educación. Tiene estudios universitarios y está concluyendo los universitarios. Participó y participa activamente en política. Es creyente y, durante un tiempo, formó parte del Opus Dei. Convivió en dos oportunidades con varones y tuvo dos novias, entre sus 18 y 35 años, momento en que llevaba una “doble vida”. Mantiene una relación distante con su grupo familiar, cortés pero no cotidiana.

Rodolfo (R) nació en la localidad de Mercedes, Provincia de Corrientes en 1936, tiene 78 años. A los 15 años se mudó a la Provincia de Buenos Aires, en el segundo cordón del

---

<sup>4</sup>La Real Academia define al verbo aceptar, en una de las acepciones, como el acto de *asumir resignadamente un sacrificio, molestia o privación*. En un artículo donde se intenta llamar la atención sobre el papel del lenguaje, no podemos pasarlo por alto, especialmente por tratarse de una palabra utilizada para referirse a los supuestos *progresos* que se dan en términos de diversidad sexual en la actualidad.

<sup>5</sup> Los nombres se modificaron para este trabajo.

Conurbano. Por unos años vivió con una tía y luego, comenzó a alquilar, cosa que sigue haciendo hasta la fecha. Está jubilado hace 5 años, ya que no le alcanzaban sus aportes jubilatorios para hacerlo antes. Trabajó en dependencias nacionales (Ministerio de Guerra), en una estación de servicio y ejerció la prostitución en una ruta. Tiene estudios primarios. Participó activamente en política pero ya no lo hace. Nunca tuvo novias ni ningún tipo de contacto sexual con mujeres. Convivió en tres oportunidades con parejas. Mantiene buena relación con su familia, a los que ve periódicamente.

Como puede observarse, las dos personas seleccionadas para este trabajo tienen algunos elementos en común pero muchos otros que los diferencian notablemente: la edad (entre sí se llevan de 13 años), la formación y las vinculaciones familiares. A pesar de ello, mostraremos a continuación cómo ambos han pasado por tres tipos de *heridas del lenguaje* que, arbitrariamente como en toda taxonomía, identificamos como vinculadas con a) *discursos no verbalizados*; b) *discursos insinuados* y c) *discursos insultivos*. Ellos, además de ser hirientes desde sus particularidades, moldearon la actual vida de Rodolfo y Esteban quienes fueron alcanzados, como todos, por lo que Foucault denomina *dispositivos de sexualidad*, es decir aquellos discursos (y aquellas prácticas) que, en torno del cuerpo y sus placeres, proliferaron junto a la emergente economía capitalista y que se basan en la articulación de saber y poder. A partir de allí, es que Foucault no entenderá a la sexualidad sólo como un aspecto biológico, sino “como una vía de paso para las relaciones de poder, particularmente densa: entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, padres e hijos, educadores y alumnos, sacerdotes y laicos, gobierno y población” (Michel Foucault; 2010:99). Esta perspectiva, que ubica a la sexualidad no como un hecho exclusivamente natural-biológico (algo que sí le sucede a la genitalidad), cobra gran desarrollo e influencia hacia los fines del Siglo XX e inicios del actual, en donde genitalidad y sexualidad sólo son considerados como conceptos intercambiables o conmensurables por una pequeñísima parte del pensamiento científico, mayormente vinculada con posicionamientos conservadores y reaccionarios.

a) *Los discursos no verbalizados*: Identificamos allí a los silencios intencionales, aquellas cosas no dichas por temor a ser juzgadas negativamente o no aceptadas por el interlocutor. Pero, además de no dichas, cobran la particularidad de considerarse sobreentendidas: quien elige<sup>6</sup> no decir las presupone que la otra persona sabe que algo está callando y que ese algo es

---

<sup>6</sup> Utilizamos la idea de elección desde una perspectiva psicoanalítica, donde la elección no es completamente libre.

su orientación sexual. Este silencio se basa en el temor a ser discriminado, insultado, razón por la cual suele cobrar el mismo efecto que busca evitar.

Al respecto, E. señala, al hacer referencia a su paso por la escuela secundaria que

no la pasé bien, lo recuerdo ahora, por como son los chicos. Pensá que estamos hablando de 1961. Yo no sé, pero era así en general...era la época que yo llamaría del mutismo...toda la secundaria era así: no decir nada, fingir lo que no sos, hacer esfuerzo para que no se note. Lo que pasa es que “soy gay” no se podía decir. Pensá que *soy* lo dije recién a los treinta y pico, coincide con la democracia. O sea en el '83, calculá cuantos años tenía, recién ahí pude empezar a decir las cosas. Antes algunos se daban cuenta, calculo yo...se tenían que dar cuenta, aunque yo me esforzaba para que no.

R, por su parte expresa:

Yo nunca dije “soy tal cosa”. Ellos [sus vecinos] se daban cuenta, pero no porque yo haya dicho “soy gay”...yo no sé, a mi me parece que no se me nota pero hay gente que me dice “sí, se te nota en la manera de caminar”. Yo creo que camino normal, que camino como caminan todos. Y hablar me parece que no hablo maricón.

En el caso de E., muestra como el silencio lo acompañó por largo tiempo. En su niñez y adolescencia, en su juventud y en su adultez. En todos estos tramos, tres cosas se mantuvieron estables: el temor “a que se note”, el esfuerzo “porque no se note” y la presunción de que los demás “lo notaban”. En todos opera el temor al estigma, el secreto como elemento fundante de la identidad, pero con la idea de que los demás conocían ese secreto y lo compartían desde un espacio cómplice. Por su parte, R. manifiesta la misma preocupación sobre si *se nota*, otorgándole en este caso un claro elemento negativo a esa particularidad al oponerla a la de *normalidad*: caminar “normal” es lo opuesto al modo de caminar que algunos interlocutores le refieren. Así, el significante de la gaycitud como enfermedad (algo heredado desde el discurso médico higienista de fines del SXIX y principios del S XX) se hace presente con claridad. En ambos casos, tanto E como R, dan cuenta del silencio, de aquellas cosas no sólo no dichas sino que se buscan silenciar.

b) Los discursos insinuados: Incluimos aquí a aquellos discursos en los que el interlocutor da a entender que sabe la orientación sexual del otro, pero sin plantearlo

abiertamente. Utiliza para esto palabras, frases, acciones que considera “evidentes”, pero sin que ello implique abordar la diversidad sexual desde las palabras que la designan. Tiene un aire de familiaridad con la situación anterior en lo no dicho, aunque en este caso las acciones o los eufemismos dejan clara evidencia de que se está al corriente del *secreto* (en este caso, la sexualidad diversa), y que esto opera como representación negativa en el interlocutor

Esto puede observarse en R, cuando al relatar un diálogo con su madre, señala:

Me acuerdo una vez, a los 15, mi vieja me dice “R., vos nunca hablaste de una noviecita” y yo, con un dolor terrible le digo “No mamá”. Ella entonces me dice “pero no te gusta ninguna” y yo le contesto “no me gusta nada”. Ahí quedó la conversación, pero creo que se dio cuenta. Y sin decirme nada de esta cosa, cuando yo salía me decía “cuídate” y ella dejaba en la mesa un diario abierto en la nota donde decía que mataron a un *invertido* en tal lugar.

Por su parte, E. comenta que, mientras se desempeñaba como preceptor en un prestigioso colegio de la CABA, al conocerse lo sucedido en la denominada Masacre de Trelew<sup>7</sup>, hizo poner de pie a sus alumnos y hacer un minuto de silencio. Refiere que, por esa causa

me llamaron de Rectorado, fui a la oficina de personal de Rectorado y me dijeron “esto no puede volver a pasar”. Evidentemente todavía no era el 76, pero pensá que estaba la Triple A...no me chuparon no sé cómo. Me dijeron que no querían lío, ni por esto ni por *lo otro* (gesticula simulando comillas). No me dijeron nada más, pero yo entendí que hablaban de mi sexualidad.

Como podemos observar, en los dos casos presentados se establece una vinculación entre su orientación y las consecuencias negativas que ambas puede acarrear. Significativamente, si bien los contextos de enunciación son marcadamente diferentes, ambas concluyen en la eventualidad de la muerte. Operan como amenaza velada: *si seguís con estos terminás así*, parecen decir. (Así muerto, claro). El enunciado performativo hierde de tal modo que provoca temor y se transforma en advertencia de lo que puede suceder (incluso, llega a ubicar a quien lo emite en el lugar de “bueno”: *te advierto por tu bien, para tu cuidado*)

---

<sup>7</sup> Se denominó Masacre de Trelew al asesinato de 16 militantes de fuerzas guerrilleras que, tras un intento de fuga del penal de Rawson, fueron luego ametrallados. Los hechos ocurrieron el 22 de agosto de 1972 en una dependencia de la Armada Argentina próxima a la ciudad de Trelew; de allí la denominación.

c) Los discursos insultivos: Son, en algunos casos, los más sencillos de identificar por su evidencia ya que expresan, sin eufemismos, elementos considerados negativos. A ellos hay que sumarles otros que pueden detectarse sólo con una escucha atenta o que han pasado por el proceso que liga la *naturalización* con la *invisibilidad*. Ante estos últimos suele *acusarse* a quien los identifica y señala de tener una mirada sesgada, quedando con ello imposibilitados de reconocer que en realidad no verlo es producto de la intrincada red discursiva e ideológica que naturaliza determinadas situaciones.

Dice E., recordando su infancia

Los amigos de mi padre se burlaban, se burlaban...y los chicos también. Viví humillación, angustias, que encima no podía expresar porque pensaba que yo era el culpable. Mi viejo era médico, entonces me marcaba. No se hablaba de eso, pero te marcaban de no tirar plumas, tener cuidado de cómo hablás, eso (...) Algunos chicos cuando te invitaban a jugar a la pelota y vos no ibas te decían maricón, mariquita...esas cosas.

R, por su parte, relata

En el trabajo nunca me sentí discriminado. Capaz que por afuera dirían “ese es puto”, pero a mí nunca me gritaron “che, puto de mierda”...no. Inclusive en un laburo una vez llegué con delineador de ojos porque yo venía de yirar esa noche. El jefe me mira y me dice “qué tenés en los ojos? No seas puto, andá a lavarte la cara”

Tanto E como R fueron heridos por el lenguaje. La diferencia radica en que E identifica al insulto como tal y le asigna una consecuencia directa: la humillación. Es interesante además observar que el proceso de subjetivación, necesariamente construido en un escenario epocal, lo lleva a sentir culpa por ser agredido, invirtiendo así los roles de víctima y victimario. R, en cambio, aunque claramente es insultado no logra identificar los dichos de su jefe con un insulto. Para él, el insulto se vinculaba al espacio de lo público (que le gritaran *puto* por la calle), pero no con que su jefe cuestionara su modo de presentarse y se dirigiera a él obligándolo a acatar un orden genérico donde los hombres no se delineaban los ojos (y, si lo hacían, eran sancionados y heridos)

### *Algunos comentarios finales*

Toni Morrison<sup>8</sup> sostenía en una entrevista que “el lenguaje opresivo hace algo más que representar violencia: es violencia”. En los breves análisis anteriores hemos evidenciado cómo, con las particularidades que cada situación impuso, los dichos (verbales y no) se han transformado en elementos que hirieron a quien se los dirigía. Y esto, además de herir simbólicamente, tiene el efecto de moldear pensamientos y organizar acciones. Pareciera que, la respuesta de quienes no pueden aceptar que estamos habitados por deseos de diversa índole, que las opciones del goce no se limitan a las similares a las propias, encuentran en el discurso un arma fantástica para herir.

La posibilidad de producir daño utilizando la palabra es un hecho evidente. Ahora bien, creemos también necesario señalar al respecto que, como expresa con claridad Henry Louis Gates (h) (in Butler, 1997: 212) “Sí, el discurso es una especie de acción. Sí, hay ciertos actos que sólo el discurso puede realizar. Pero hay algunos actos que el discurso por sí solo no puede ejecutar. No puedes curar las enfermedades pronunciándolas bien. No puedes consolar a los pobres afirmando que son ricos”. Y esto nos parece esencial porque reconoce la materialidad de la injuria y *la insuficiencia de la corrección discursiva como única respuesta ante el agravio*. No alcanza con “cuidar las palabras” para evitar las consecuencias que el discurso ofensivo puede provocar, son necesarias acciones concretas que reviertan las secuelas de un pasado injurioso y transformen positivamente un presente que, a pesar de algunos avances, aún se manifiesta hostil ante la diversidad sexual.

### Bibliografía

- Arfuch, Leonor (2013). Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Austin, John (1998). Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones. Barcelona. Paidós.
- Butler, Judith (1997). Lenguaje, poder, identidad. Madrid. Editorial Síntesis.
- Eribon, Didier (2001). Reflexiones sobre la cuestión gay. Barcelona. Anagrama.
- Foucault, Michel (2010). La historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.

---

<sup>8</sup> Ganadora del Premio Nobel de Literatura, 1993.

Gastrón, Liliana; Andrés, Haydee et al (2003). “Género, Representaciones Sociales de la Vejez y Derechos Humanos”. Ponencia presentada en el Simposio Viejos y Viejas. Participación, Ciudadanía e Inclusión Social en el marco del 51 Congreso Internacional de Americanistas. Santiago de Chile. Disponible en [www.redadultosmayores.com.ar/buscador/files/Gastron.pdf](http://www.redadultosmayores.com.ar/buscador/files/Gastron.pdf) (Captura: 12/10/2013)

Giribuela, Walter (2013). “Homosexuales eran los de antes: algunos aspectos de la sociabilidad homosexual masculina a lo largo del curso de la vida”. Ponencia presentada en el Seminario Internacional sobre Envejecimiento Activo, organizado por Flacso Argentina, Conicet y la Universidad Nacional de Luján. Buenos Aires. Inédito.

Goffman, Erving (1989). Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires. Amorrortu.

Kuhn, Thomas (1992). La estructura de las revoluciones científicas. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Meccia, Ernesto (2011). Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad. Buenos Aires. Gran Aldea.

Pecheny, Mario (2005). “Identidades discretas”, en Leonor Arfuch (comp.) Identidades, sujetos y subjetividades. Buenos Aires. Prometeo libros.

Iacub, Ricardo (2006). Erótica y vejez. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Ricoeur, Paul (2004). La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires. Fondo de Cultura económica.